

PRESENTACIÓN

Guadalupe Valencia García
M^a Elena Olivera Córdoba

Tiempo y espacio: categorías constantemente cuestionadas en cuanto a su existencia real y, sin embargo, siempre presentes en toda imaginación, representación y medición del universo. En toda experiencia cognitiva del mundo, y desde cualquier tipo de ejercicio intelectual, el tiempo y el espacio están allí para recordarnos las dificultades y los riesgos que se corren cuando intentamos unificar las miradas en un solo concepto omniabarcante que amalgame de golpe la multiplicidad y riqueza de visiones posibles.

Si reconocemos que en el surgimiento mismo del lenguaje, y en la propia conformación de las sociedades, tiempo y espacio permiten nombrar, ordenar, clasificar, discriminar y jerarquizar la realidad que nos circunda para hacerla comunicable, entonces la pluralidad de visiones y de razonamientos aquí expuestos puede ser vista como una buena muestra de la diversidad de maneras en que nos relacionamos con el mundo.

La hechura colectiva de este libro parte de la convicción, compartida por sus autores, acerca de las enormes y ricas posibilidades de comprensión de la realidad que pueden alcanzarse cuando en un ejercicio de solidaridad transdisciplinaria enfocamos nuestras miradas sobre categorías tan vastas como las de tiempo y espacio. Dimensiones de análisis ampliamente compartidas, nociones irrenunciables para las ciencias de la materia, para las ciencias de la vida, para las ciencias del hombre, para las humanidades y para las artes. Miradas diversas que muestran sus enfoques y sus alcances: horizontes panorámicos de incommensurable magnitud y observaciones introspectivas que se hunden en el pozo de la conciencia y de las diversas formas de la expresión humana. Indagación por el tiempo biológico marcado por la evolución; escudriñamiento del pensamiento humano que, al hacer filosofía, no puede sino partir del tiempo y del espacio; descubrimiento de las dialécticas complejas de los tiempos y espacios sociales e históricos; regocijo por los espléndidos y sorprendentes tiempos poéticos, literarios, artísticos. Miradas reunidas que constituyen apenas el anuncio de un largo camino para iniciar un diálogo interdisciplinario, para construir puentes, abrir ventanas, atar cabos. Todo ello para una mejor comprensión de la propia vida humana: de la relación entre naturaleza y sociedad, entre individuo e historia, entre realidad y construcción de mundos.

Esta obra es el resultado del Seminario *Tiempo y Espacio: Miradas Múltiples*, que se llevó a cabo en octubre de 2003 y fue organizado por el Programa sobre Teoría y Metodología de las Ciencias y de las Humanidades del CEIICH de la UNAM, más algunas aportaciones que se incluyeron para contribuir con la gama de propuestas y puntos de vista reunidos en las ponencias tanto a partir de las Ciencias de la Materia como de las Ciencias Sociales y las Humanidades.

Por cuestiones prácticas este volumen se divide en cinco apartados: ciencias de la materia y de la vida; psicoanálisis y perspectiva de género; filosofía; ciencias sociales; literatura y artes.

Desde las ciencias de la materia y de la vida, concretamente desde la física, Luis de la Peña nos ofrece una revisión histórica de los conceptos de espacio, tiempo y de la más reciente noción del espacio-tiempo. El autor discute estos conceptos comenzando por mostrar las diferencias entre las nociones comunes del tiempo y del espacio y sus correspondientes versiones geométricas o físicas para aclarar entonces los elementos que las hacen diferentes. Analiza también algunas características claves de estos conceptos, como la tridimensionalidad del espacio físico y la unidireccionalidad del tiempo, así como los problemas que éstas plantean a la física. Finalmente, aborda la idea del espacio-tiempo derivada de la relatividad y analiza sus consecuencias teóricas y epistemológicas.

Pedro Miramontes acomete la tarea de revisar el concepto del tiempo desde los sistemas dinámicos, para descubrirnos las propiedades de aquellos sistemas que cambian de estado con el curso del tiempo. A partir de la teoría de sistemas dinámicos el autor revisa y aclara las nociones que sustentan dicha teoría, para mostrarnos el papel que juega el tiempo en la determinación de configuraciones, trayectorias y, en fin, evoluciones temporales diversas. Los sistemas dinámicos imponen al tiempo la restricción de la imposibilidad en el cruce de las trayectorias, lo cual nos deja con sólo dos escenarios compatibles: el punto de equilibrio o la solución periódica. Sin embargo, añade, si nos ubicamos en un espacio de tres dimensiones surge una tercera posibilidad: los atractores extraños. Un atractor extraño, nos aclara, es un objeto fractal cuya naturaleza puede conjuntarse con el comportamiento caótico del sistema dinámico; entonces, la dinámica caótica puede separar lo viable de lo inviable, lo posible de lo imposible, lo real de lo imaginario.

El sonido juega un papel fundamental en nuestra noción del tiempo y del espacio; se trata de una relación de intimidad recíproca. Tal es la propuesta desarrollada por Felipe Orduña Bustamante en un trabajo en el que nos explica la influencia del tiempo y del espacio en la percepción del sonido, tanto como la influencia del sonido en la percepción del tiempo y el espacio. El análisis de la periodicidad temporal y espacial de las oscilaciones acústicas, nos permite entender fenómenos de simultaneidad, secuencia, intervalos, duración, etcétera.

Marcelino Cerejido nos adentra en la biología del tiempo y de la muerte. Nos explica cómo la estrategia evolutiva fundamental del organismo humano se funda en el sentido temporal que nos permite apreciar duraciones y direcciones temporales cada vez más largas. Una complicada y fascinante relojería biológica programada genéticamente nos conduce del nacimiento a la muerte; se trata de un proceso eminentemente temporal. En la biología, dice el autor, la única seguridad que podemos encontrar es que hay un tiempo que transcurre, aún y cuando no sepamos, todavía, cuál es la señal y cuál es el receptor de nuestro sentido temporal.

Hasta antes de la teoría de la evolución el tiempo era una sucesión de lapsos que transcurrían de forma lenta y reiterada, pero dicha teoría vino a revolucionar de raíz las concepciones de tiempo y de espacio previas al siglo XIX. Esto es lo que nos propone Julio Muñoz en un trabajo en el que nos devela cómo las teorías evolucionistas, desde Darwin en

adelante, han contribuido a enriquecer nuestras ideas del tiempo y del espacio. El tiempo debe asociarse con el cambio continuo y las formas del cambio pueden diferenciarse; el tiempo y el espacio forman una unidad coherente.

Entre las reflexiones psicoanalíticas comprendidas en el segundo apartado, Fanny Blanck explica el proceso a través del cual se constituye el yo en función del tiempo, el papel que juega la concepción de la muerte y cómo la pérdida de sentido, fincado en la creencia en el mal y en la sobrevivencia del alma, hace que el temor a la muerte sea difícilmente manejable.

Octavio Chamizo nos refiere algo que resulta traumático e imposible de aprehender para el sujeto en la experiencia: el cuerpo habita multiplicidad de temporalidades y espacialidades, por lo que el Yo, sacerdote habitante de dicho templo, desestima la evidencia y construye junto con el discurso socio-cultural un discurso de unicidad que garantice la percepción de lo que se entiende como realidad y el lugar que el sujeto tiene en ella. No obstante, dice, los inevitables encuentros con lo Otro revelan a cada momento la multiplicidad negada: experiencias estéticas, situaciones traumáticas, rupturas del vínculo social, duelos, en fin.

En tanto que a partir de los estudios de género M^a Elena Olivera aduce que las aportaciones feministas en torno a la asignación de tiempos, espacios y papeles por género, se han olvidado de la diversidad no dicotómica que en realidad constituye la humanidad. ¿Cómo se viven los tiempos y espacios femeninos no heterosexuales? En su respuesta Olivera habla de una doble injusticia crono-tópica para las lesbianas. Por su parte Daniel Cazés considera que el tiempo masculino es el tiempo patriarcal, producto de la enajenación, autoproducta culturalmente, que asigna actividades por género aceptadas por la sociedad, míticamente agrupadas en productivas y reproductivas; especialización que conlleva una clasificación valorativa de los tiempos y del actuar social y cultural de los sujetos. Los pretendidos atributos del tiempo patriarcal, señala el antropólogo, son la vía por la que se enajena a los varones de la posibilidad de constituirse como seres humanos plenos.

Desde la perspectiva filosófica, disponemos, para pensar el curso del tiempo, de dos modelos: "la fuga y la flecha", el fluir del tiempo futuro hacia el pasado o la conquista que hace el presente del futuro. Mario Toboso nos dice que aunque estos movimientos parecen tener un carácter disyuntivo, en realidad comparten elementos a partir de los cuales se complementan de manera mutua de modo dependiente. Esta representación del paso del tiempo es el planteamiento central que sirve a Toboso como contexto de reflexión en torno a los sentimientos de conciencia y a la conformación del sujeto cognoscente dentro del llamado campo de presencia, en donde se manifiestan "los ahora".

Al entrelazarse con la ciencia, las reflexiones filosóficas sobre el tiempo nos han llevado a la incertidumbre. Las consideraciones críticas acerca del tiempo, dice Raymundo Mier, nos hacen dudar no sólo en torno a las categorías asociadas a él en cuanto a la historia del pensamiento filosófico, el cual ha experimentado el asedio de las transformaciones de todos los campos de la misma manera que la concepción del tiempo en la filosofía ha involucrado una revolución en el ámbito de los estudios científicos y humanistas; la interrogante sobre el tiempo ha arrojado una sombra irreparable sobre la noción de verdad y ha introdu-

cido un amplio espectro de sentido que desplaza los linderos entre ciencia y filosofía, incorporando a la argumentación científica las inquietudes sobre la significación y la subjetividad.

Como una línea de una indagación filosófica, algunos filósofos se preguntan por la naturaleza del tiempo o incluso por lo que podemos encontrar en el espacio vacío. José A. Robles establece comparaciones entre lo que se ha considerado como espacio vacío a través de los siglos, desde los griegos, la época medieval y el Renacimiento hasta la aparición de la física cuántica. En sus orígenes, dice, la discusión del espacio se da en los cauces de la filosofía natural y de la teología, y hace cuenta de un espacio que nunca es plenamente vacío: unos están llenos de energía y otros, de Dios. Explica que la física contemporánea ha llegado a identificar lo que los filósofos naturales mantenían separado: el ámbito de lo material o inerte y el de lo activo, energético o espiritual y muestra cómo es posible que materia y espíritu puedan convivir en nuestro mundo. En el mismo sentido de Robles, Laura Benítez cierra el enfoque en torno a quien formuló los principios de la nueva ciencia, René Descartes, para sostener que ese momento inicial de la infinitización del universo no tiene raíz meramente geométrico-matemática o cosmológico-astronómica, sino que se da frente a la propuesta teológica de la infinitud divina.

Finalmente, Alejandro Labrador nos ofrece una reflexión en torno a las formas en que la filosofía contemporánea ha introducido la problemática del tiempo y cuál ha sido el influjo de algunas de estas visiones en las diversas imágenes de la sociedad y de la historia impresas en las ciencias humanas. El análisis se concentra en tres vertientes representativas de la filosofía contemporánea: la filosofía de la consciencia y la temporalidad a partir de dos textos de Lúkacs y de Heidegger; la teoría de la Modernidad signada por los aportes de la filosofía analítica, y la emergencia de nuevas formas de inteligibilidad y racionalidad en las ciencias humanas desde el punto de vista de Niklas Luhmann.

El apartado que corresponde a las ciencias sociales lo inaugura Luis Ignacio Sáinz, quien en los dispositivos hermenéuticos de un sujeto expansivo y de un tiempo potencial, funda las posibilidades de construcción y postulación de lo real. El sujeto poseedor del lenguaje y de la memoria se torna, en el intercambio simbólico con los otros, hacedor de historia, constructor de la realidad social. Mediante el reconocimiento del otro, la conciencia se pone en movimiento y los sujetos pasan de la representación a la participación; se trata de una democracia radical sólo posible cuando los sujetos que fabrican la historia ejercen su capacidad ciudadana y deliberativa. Se impone, pues, una nueva lectura de la geografía del sujeto para reconocer la dimensión temporal. Es en ese escenario, dice Sáinz, en el que se acumulan patrimonios intelectuales, imaginarios sociales, representaciones colectivas, como cómplices, aliados y materia prima de nuestro devenir.

Luis Tapia, por su parte, aborda la relación entre tiempo, poiesis y modelos de regularidad para analizar cómo las ciencias sociales han dado cuenta de las estructuras y dinámicas sociales incluyendo o dejando fuera al tiempo. Inspirado en la termodinámica de Ilya Prigogine, recupera la idea del tiempo como creación e incertidumbre para pensar la vida humana como un tiempo social de autocreación, de poiesis.

Las dialécticas temporales están presentes en la confrontación de las civilizaciones. Así nos lo hace saber Rafael Farfán en su trabajo sobre la concepción del tiempo en la sociología del intelectual egipcio Anouar Abdel-Malek. Farfán se propone enriquecer la sociología del tiempo con las aportaciones de dicho autor a la reflexión sobre la temporalidad de las sociedades en distintos procesos civilizatorios. Aportaciones que parten de la crítica al eurocentrismo presente en las divisiones disciplinares de las ciencias sociales, y a la posibilidad misma de refundación de nuestras clasificaciones, categorías y formas de conocimiento. Entre éstas, la categoría tiempo, que el sociólogo egipcio complejiza mediante la noción de “campo histórico” donde el tiempo se objetiva adquiriendo una densidad social específica.

La construcción social de la dis-continuidad histórica es analizada por Josexo Beriain, quien aborda tanto los ritmos de las continuidades históricas, como las discontinuidades y arritmias de la modernidad. Estas últimas son analizadas a partir de cinco transformaciones que configuran una novedosa forma de experimentar el tiempo: el incremento de la contingencia, la aceleración temporal, el acortamiento del tiempo, las consecuencias no deseadas de la aceleración y la colonización del tiempo propio a través del tiempo.

Guadalupe Valencia indaga sobre los modos del tiempo sociohistórico y propone una concepción del tiempo como dualidad temporal no disyuntiva, que logre incorporar en una sola dialéctica temporal la sucesión y la duración, a cronos y a kairós. La estrategia teórica de la dualidad temporal le permite avanzar, en el plano del tiempo sociohistórico, en una dualidad temporal, ahora jerarquizada, en la cual la triada presente-pasado-futuro subsume al eje cronológico del antes-después y, de hecho, le otorga significado.

Ramón Ramos presenta y aclara algunos de los discursos sociales sobre el tiempo en la conciliación entre tiempo de trabajo y tiempo familiar en la España actual. La atención del autor se centra en dos aspectos suficientemente significativos de estos discursos: sus ambivalencias y sus imágenes. Entre las ambivalencias más significativas se cuentan la que contrapone lo que es el tiempo a lo que está en el tiempo; la que enfrenta el tiempo como presencia al tiempo como ausencia; la que contrasta el tiempo como repetición y al tiempo como innovación. Entre las imágenes del tiempo están las que lo conciben como un recurso, las que lo ubican como un escenario, las que lo miran como horizonte.

En su trabajo sobre Tiempo y sensibilidad, Emma León pone al descubierto la implicación orgánica, una suerte de marca congénita, entre la experiencia humana y el tiempo. El tiempo como condición endógena en la configuración de todas las formas de existir, y el tiempo como criterio de designación de un mundo que así es apropiado por los humanos, son dimensiones temporales de la experiencia analizadas en este capítulo.

Horacio Cerutti reflexiona sobre el tiempo y el espacio desde la perspectiva de la utopía. Distingue tres niveles de uso constante del término utopía: el de la utopía como adjetivo (des) calificativo, el de la utopía como género, el de lo utópico operante en la historia. Este último nivel es abordado por el autor a partir del análisis de la estructura de las obras del género utópico, y las tensiones no resueltas, que allí aparecen, entre realidades indeseables e ideales anhelados.

Feliciano García aborda el problema del espacio social concebido, al lado del tiempo, como una de las categorías imprescindibles para la construcción de conocimiento en las ciencias sociales. Analiza cómo la modernización ha conducido a una cosificación del espacio que ha influido en la incapacidad para crear nuevos conocimientos y para dar un nuevo significado a aquellos sujetos históricos olvidados. Pero ¿cómo recuperar miradas alternativas que refieran a la espacialidad social? La respuesta es despejada en la comparación entre dos alternativas de espacialidad: la que proviene, desde arriba, del Plan Puebla Panamá, y la que surge, desde abajo, como respuesta organizada de los sujetos afectados por dicho plan.

Las metáforas espaciales mediante las cuales Foucault convierte al espacio en un problema histórico-político, son analizadas por María Inés García. Las nociones de heteronomía y de heterocronía, permiten una más cabal comprensión de la compleja vinculación entre espacios-tiempos sociales, mientras que otras enunciaciones metafóricas espaciales, contribuyen a la re-escritura de la modernidad occidental. Entre estas enunciaciones considera las de los paisajes y escenografías; las de las figuras entre las que sobresale el panóptico y las metáforas propiamente topológicas. A los tipos de enunciación metafórica espacial corresponde, asimismo, un tratamiento de tres ritmos temporales diferentes que permiten a Foucault, dice la autora, construir esos paisajes, escenografías, figuras y, en suma, espacios metafóricos de naturaleza topológica.

Maya Aguiluz se hace cargo de la espacialidad social a partir del cuerpo, mismo que encaja, dice, en el entramado de los saberes, de los discursos y de los poderes modernos. Cuerpos y espacios, cronotopías del presente, conexiones humanas en espacios repletos de interacciones, donde las experiencias hacen jugar por entero —con carne y mente, corazón y razón— a los seres humanos. Por ello, puede afirmarse que la fisicalidad corporal, condición elemental e irreductible del espacio, actúa como un requisito para la constitución de múltiples subjetividades y acciones individuales y colectivas.

Tanto en el arte como en la física contemporánea y las ciencias de la complejidad, espacio y tiempo tienen un “espesor”, se encuentran interrelacionados con la materia y, en este contexto, el vacío adquiere gran riqueza. Germinal Cocho nos habla de la concepción de espacio y tiempo en la física contemporánea, concretamente desde la trama tejida por la relatividad, la gravedad y la física cuántica, en lo que se ha denominado gravedad cuántica y a partir de la cual se puede suponer la presencia de muchos tiempos —o “relojes”— paralelos en un espacio cuantificado en sólidos elementales. Marisol Cocho se refiere a esta misma posibilidad múltiple como artista plástica, para finalmente proponer la creación de la obra pictórica durante el suceso (concretamente el dancístico), lo que implica un proceso de percepción, asimilación y transformación que queda visible en una obra gráfica. Ambas posiciones son presentadas, en el primer capítulo de la sección dedicada a la literatura y al arte en general, como aspectos complementarios de la visión del mundo que padre e hija comparten.

Tiempo y espacio son ingredientes indispensables en toda creación artística, aún cuando, en la contemplación, en ocasiones olvidamos reparar en ello. Andrés de Luna nos hace nuevamente conscientes al hacernos caer en la cuenta de que si bien un pintor elige un

instante para significarlo por medio de un cuadro, éste no es una obra unitaria sin secuencialidad; el tiempo está impreso en un lenguaje ficcional que le es propio a la pintura. El ojo establece una manera de observar los hechos y la pintura trata de encontrar la forma de representarlos por medio de una serie de artificios, los elementos de su ficcionalidad, que invocan de manera ilusoria lo imposible de representar: el movimiento está sugerido por medio de ese ahora en el que transcurre la inmediatez. En el arte la duración es subjetiva y sólo puede aprehenderse por medio de la ficcionalidad, la cual a su vez se manifiesta de distintas maneras en el transcurrir de la historia; por ejemplo, para los poetas medievales españoles, nos cuenta Felipe Garrido, el paso de los días y las noches, la sucesión del invierno y el verano, la suma de los años, son temas significativos; en cambio, la urgencia de gozar la juventud y la amargura de la vejez, hitos de importancia posterior, les son totalmente ajenos.

Edith Negrín se asoma a la literatura mexicana contemporánea, concretamente a la escritura de José Revueltas quien en sus novelas y relatos manifiesta su obsesión por todo tipo de espacios cerrados, clausuras físicas, mentales o afectivas, hermetismos y cerrazones que pudieron tener una influencia importante, no sólo del encierro carcelario que sufrió, sino también, dice Negrín, de la prisión mental: el dogmatismo.

Carlos Véjar nos refiere el tiempo y espacio en la arquitectura mexicana específicamente en la obra de Luis Barragán quien no se contentó con construir para satisfacer los requerimientos físicos de la humanidad, sino que abarcó las necesidades del espíritu en la conformación de lo que Véjar llama su “arquitectura literaria”. En ella, brota una voz propia que privilegia el equilibrio forma-función, rompiendo con los cánones del funcionalismo y del Movimiento Moderno, y que buscó motivaciones en lo real fantástico entretejiendo, así, su obra con la de Juan Rulfo.

El capítulo que cierra *Tiempo y espacio. Miradas múltiples*, se refiere al uso del tiempo y del espacio en el cine. Carlos Flores Villela nos relata como a la vez que los juegos de tiempo y espacio han ido construyendo el lenguaje cinematográfico, han ido configurando a los espectadores capaces, por ello, de comprender la narración a través de las imágenes. A partir de un recorrido por la historia del cine Flores nos describe la constitución de lo que ahora se denomina el modo de representación institucional, producido por Hollywood desde los primeros años del siglo XX y que se ha erguido como hegemonía de la comunicación cinematográfica.

Ciudad Universitaria, julio de 2004